

**EL TRÓPICO AMERICANO COMO VÍNCULO ELOCUENTE
ENTRE ALEXANDER VON HUMBOLDT Y ANDRÉS BELLO
(1799-1826): VIAJES, NATURALISMO Y POESÍA**

Johnny V. Barrios-Barrios¹⁶
Johnnyhist@gmail.com

Recibido: 09/07/2016 Revisado: 21/07/2016 Aceptado: 25/07/2016

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es el de examinar aquellos elementos que desde una mirada histórico-cultural pueden ofrecer luces sobre la influencia directa que tuvo el escenario natural y humano del *Trópico* en los escritos científicos y poéticos del Barón Alexander von Humboldt y de Andrés Bello; considerando el valor que encierran las elocuentes palabras de ambos autores y la cercanía que subyace entre sus textos. Las dos miradas que se intentan cruzar acerca del escenario tropical — una interna y otra externa— permiten replantearse, más allá de sus obvias diferencias, las cercanías que la palabra puede generar entre los pensadores que prefiguraron en Hispanoamérica un mundo posible. Pensar en sus escritos viajeros es reencontrarse con el lado más humano de ambos autores, sobre todo porque a su paso dejaron hondas huellas que fortalecen la historia del pensamiento latinoamericano.

Palabras Clave: Trópico, siglo XIX, Alexander von Humboldt, Andrés Bello, viaje, literatura.

**THE AMERICAN TROPIC AS AN ELOQUENT LINK
BETWEEN ALEXANDER VON HUMBOLDT AND ANDRÉS BELLO (1799-1826):
TRAVEL, NATURALISM AND POETRY**

ABSTRACT

The objective of this work is to analyze elements that from a historical-cultural perspective can help the lights on the direct influence that the natural and human scenario of the Tropic had on the scientific and poetic articles of Alexander von Humboldt and Andrés Bello respectively; considering the value of the eloquent words of both authors and the closeness that lie between their texts. The two perspectives that are opened in the tropical context - one internal and the other external - allow us to rethink, beyond the differences, the proximity that the word can general among the thinkers who foreshadowed a possible world in Latin America. To think of their travelers'

¹⁶ Licenciado en Historia. Magister en Estudios Sociales y Culturales de Los Andes. Profesor de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes (Mérida-Venezuela).

writings is to reconnect with the other more human of both authors, above all because in their wake they left the marks that strengthen the history of Latin American thought.

Keywords: Tropic, 19th century, Alexander von Humboldt, Andrés Bello, travel, literature.

No se limitó Bello al conocimiento del latín Clásico. Pronto se interesó por el francés, el idioma más universal de su tiempo, a través del cual se divulgaban las ideas más novedosas de los siglos XVIII y XIX [...] Después de tres o cuatro años de consecuente esfuerzo pudo dialogar en francés con Alejandro de Humboldt, durante la visita que el notable explorador y naturalista hizo a Caracas en 1800.

Oscar Sambrano Urdaneta

INTRODUCCIÓN

Las palabras tejen relaciones que trascienden el espacio-tiempo, y, sin duda, el historiador asume este hecho con dedicación y esmero. Por ello, si bien se ha escrito abundantemente sobre las dos figuras que intentamos abordar en estas páginas, siempre es la palabra como *vínculo* la que permite revitalizar la infinidad de relaciones que han de existir entre hombres, tiempos y espacios; permitiendo mostrar otros ángulos de la vida humana en su excelsitud.

Universalidades, pasión literaria, viajes, bibliofilias, amor al saber y un profundo humanismo, particularizan a Alexander von Humboldt y Andrés Bello. Ambas formas de sabiduría repercuten directamente en la manera de entender un continente y un mundo tornadizo; pero también los relaciona y los deja en evidencia como propulsores de la libertad del pensamiento. Este año de 2018, cuando se conmemoran 220 años de la configuración del proyecto de viaje a las Indias Occidentales españolas por parte de Humboldt, y 210 años de la intervención de Andrés Bello como redactor de la *Gazeta de Caracas*; resulta significativo retrotraer el contexto en el que ambas personalidades se desarrollaron, sobre todo porque el *Trópico* tuvo mucho que ver con su concepción de la realidad americana, una temática plurivalente desde una perspectiva geocultural e histórico-literaria.

El objetivo de este trabajo no es el de volver sobre la importancia de ambos intelectuales en el marco de la historia de Venezuela e Hispanoamérica en general —hartamente conocidos—, el interés se centra en examinar aquellos elementos que desde una mirada histórico-cultural pueden ofrecer luces sobre la influencia directa que tuvo el escenario natural y humano de estas latitudes en sus escritos científicos y poéticos respectivamente, considerando el valor que encierran las elocuentes palabras de ambos autores y la cercanía que subyace entre sus textos.

1. El trópico: percepción conceptual y contextual

En 1798 se cumplieron cincuenta años de la publicación de la obra: *Relación histórica del viaje hecho de orden de su Majestad a la América Meridional* (1748). El trabajo perfilado por dos marinos y científicos españoles: Jorge Juan y Antonio de Ulloa, planteaba estudiar aspectos de los territorios que conformaban la Audiencia de Quito y algunos territorios de los Virreinos de Nueva Granada y del Perú con una visión enciclopédica. Como parte de la contribución en lo que convendría en llamarse la expedición geodésica hispano-francesa (1735). Esta obra simbolizaba, además, un redescubrimiento de la diversidad geográfica americana; cuya repercusión se hizo sentir en el siglo siguiente junto al trabajo de los célebres expedicionarios franceses Charles

Marie de La Condamine, Louis Godin y Pierre Bouguer. Este viaje a la línea ecuatorial, no exento de peripecias y angustias, marcó de forma definitiva la manera ilustrada de percibir el mundo en su amplitud y complejidad.

Un ejemplo de ello se puede rastrear en las lecturas realizadas por el célebre naturalista y viajero Alexander von Humboldt, quien consolidó en parte sus nociones hispanoamericanas siguiendo las huellas de La Condamine (1745), y leyendo textos sobre su expedición a comienzos de la centuria decimonónica. Testimonio de estas lecciones quedaron en las cartas que escribió el naturalista alemán a su hermano Guillermo y al profesor Chevalier Delambre —fechadas en Lima el 25 de noviembre de 1802—, donde hace clara alusión a su labor científica y al vínculo ineludible con las mediciones y apreciaciones realizadas por los franceses (Humboldt; 1989: 80-92). No obstante, en la relación expedicionaria humboldtiana había mucho más que ciencia, se trataba además de conceptualizar y contextualizar, a la luz de la admiración y el discernimiento, los secretos que envolvía el *Trópico* a las puertas del nuevo siglo, que se abría paso cargado de profundas ideas libertarias.

Actualmente, la definición *Trópico* ha quedado establecida y desmigajada por los estudios geográficos. No obstante, en el siglo XIX, lo “tropical” envolvía nociones más complejas. En primer lugar porque al enfoque enciclopédico dieciochesco se adhirieron aspectos del *Romanticismo*; además, partir de la noción del *Trópico* en equivalencia a *región ecuatorial* o *zona tórrida*, implicaba una lectura nominal que se diferenciaba, en términos occidentales, de los territorios que formaban la realidad climática, ecológica y antropológica europea (Imagen 1). De ahí que los análisis humboldtianos, corrieran a contravía de la subalternidad que los pensadores del viejo mundo habían intentado situar, en parte, a la América equinoccial.

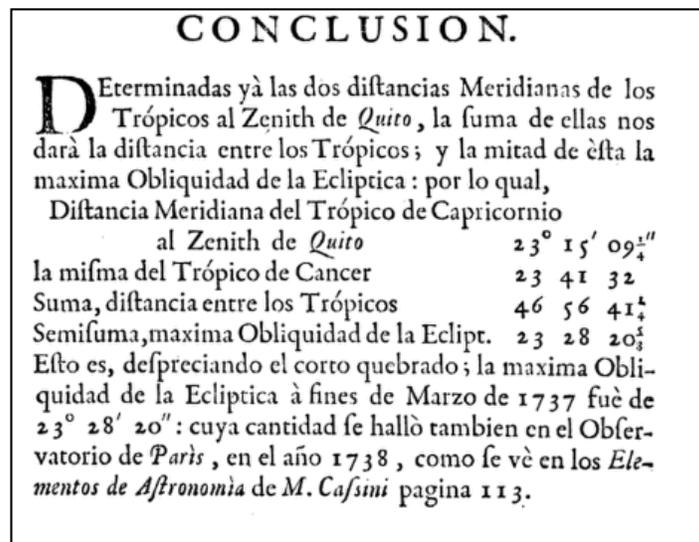


Imagen 1. Extracto del libro: OBSERVACIONES/ ASTRONÓMICAS, Y FÍSICAS/ HECHAS DE ORDEN DE S. MAG. / EN LOS REYNOS DEL PERÚ / Por D. Jorge Juan, Comendador de Aliaga en el Orden de S. Juan, socio corres-/ pondiente de la R. Academia de las Ciencias de París, y D. ANTONIO DE ULLOA, / de la R. Sociedad de Londres, ambos capitanes de Fragatas de la R. Armada. / DE LAS CUALES SE DEDUCE/ LA FIGURA Y MAGNITUD/ DE LA TIERRA/ Y SE APLICA A LA NAVEGACIÓN / IMPRESSO DE ORDEN DEL REY NUESTRO SEÑOR/ EN MADRID/ Por Juan de Zúñiga, Año M.D.CC.XL.VIII. (p.18)

Como lo ha expresado el historiador venezolano Vladimir Acosta: “Humboldt fue en efecto una suerte de nuevo Colón, un Colón moderno, entre ilustrado y romántico, puente entre el pensamiento ilustrado del siglo XVIII y el romanticismo de la primera

mitad del siglo XIX” (2005: X). En sus palabras: “La América que surge de la lectura de los libros de Humboldt es, en lo geográfico, una América ya romántica, llena de vida y de futuro” (2005: XXV). Así, partiendo de la “normalidad” de las tierras templadas que predominaba en la mirada europea, el *Trópico* emergía distinto, no sólo en cuanto a clima y exuberancia natural, sino también —aunque con menor atención por parte de los expedicionarios— en relación a sus comunidades humanas, comportamientos y modos de vida (Barrios, 2017: 76-92). El sabio alemán entrecruzó en su experiencia de viaje las impresiones que le aportaban lo exótico, romántico y científico del espacio visitado, discurriendo por una perspectiva tropical más afirmativa que negativa. En consecuencia escribió:

Cuando alejados de la patria, desembarcamos por primera vez en tierra de los trópicos, después de una larga navegación, nos sorprende agradablemente reconocer en las rocas que nos rodean las mismas eschistas inclinadas, iguales basaltos en columnas cubiertos de amigdaloides celulares, que los que acabábamos de dejar sobre el suelo europeo [...] Allí es donde, rodeados de formas colosales, y de la magestad de una flora exótica, experimentamos, cómo por la maravillosa flexibilidad de nuestra naturaleza, se abre el alma fácilmente á impresiones que tienen entre sí un lazo misterioso y secreta analogía. Tan íntimamente unido nos figuramos cuanto tiene relación con la vida orgánica, que si á primera vista se ocurre que una vegetación semejante á la de nuestro país natal debería encantarnos, como encanta nuestro oído el idioma de la patria dulcemente familiar, poco á poco, sin embargo, nos sentimos naturalizados en los nuevos climas. Ciudadano del mundo, el hombre, en todo lugar, acaba por familiarizarse con cuanto le rodea (Humboldt, 1875: 7-8).

Otro ejemplo lo encontramos en la visita que hace junto a su amigo y compañero de ruta Aimé Bonpland a Caracas en 1800. Uno de los primeros deseos de Humboldt, después de establecerse en Caracas, fue ascender a la silla del Ávila en la cordillera de la Costa; un excelso escenario tropical. Nadie había explorado de tal modo la montaña caraqueña hasta entonces. Según Arístides Rojas: “Estaba reservado a Humboldt ser el primer hombre que imprimiera sus huellas sobre las rocas primitivas del gigante de la costa venezolana y clavara sobre su cima el estandarte de la ciencia” (Rojas, 1942). Tanta impresión causó este hecho que, al descender el barón Humboldt, José Antonio Montenegro, a la sazón Vicerrector del Seminario Tridentino de la ciudad, pronunció un soneto que recoge en parte la excitación que trajo a los caraqueños de la época esta singular excursión (Imagen 2):

Sabio Barón de Humboldt, que la alta frente
Del Ávila soberbio hoy has pisado,
Y en su empinada Silla colocado
Dominas nuestro vasto continente:

No necesitas no, de esa eminente
Situación para ser por mí admirado,
Pues de altura mayor en lo elevado
Te celebra la Europa justamente.

La celestial esfera tachonada
De luminosos astros, instrumento
Astronómico forma tu morada:

Allí asombroso te hace el gran talento;
Que dejando la tierra ya humillada
Te da por mejor silla el firmamento.

**Imagen 2. Soneto de José Antonio Montenegro en
Homenaje a Humboldt al descender del Ávila**

Fuente: *Enciclopedia de Venezuela*, Tomo III. Caracas: Editorial Andrés Bello, p.251.

No obstante, a pesar de la cruda crítica a estos versos realizada por Rojas,¹⁷ él capta el papel que más adelante tendrá la poesía y la experiencia naturalista en Bello. Efectivamente, el joven polígrafo había integrado inicialmente la excursión. El 2 de enero de 1800, Bello formaba parte de la expedición de Alejandro de Humboldt y Aimé Bonpland, quienes “acometieron el ascenso a la cima del monte de Caracas” (Grases, 1989: 128). Sin embargo, Bello acompañó esta primera ascensión al Ávila hasta un punto, desde donde tuvo que devolverse porque su endeble salud no le permitió ir más arriba (Sambrano Urdaneta, 2007: 50). Con todo, este contacto con el viajero alemán y su compañero francés en pleno escenario tropical, soldaría una experiencia más a su vida, la cual se ampliaría con otras figuras notables dentro del contexto de la Caracas colonial; vivencias que nutrieron su carácter como reconocido humanista e intelectual americano. Como apunta Lubio Cardozo:

El fin del siglo XVIII y el comienzo del XIX significó para Venezuela el descubrimiento de su portentosa naturaleza desde dos puntos de vista muy diferentes, pero no por ello excluyentes. Para la ciencia europea, la expedición de Alejandro de Humboldt y Aimé Bonpland significó el descubrimiento de un mundo natural insospechado. Para la literatura, las silvas y odas de Andrés Bello representan la entrada a las letras del entorno tropical americano (2014).

Es importante referir que esa imagen *tropical* americana fue ampliada a lo largo del siglo XIX por un grupo de viajeros que, inspirados y acreditados por el sabio alemán, recrearon las escenas más diversas del escenario equinoccial; incorporando en sus trabajos pictóricos y escritos lo natural y humano del continente avistado (Apun, 1961). Muchos artistas, recrearon las elocuentes palabras de Humboldt, y, en algunos casos, incorporaron lugares a la vista del europeo que el naturalista no visitó; un verdadero espectáculo de colores sobre lienzo que servía de correlato de lo escrito (Barrios, 1993: 56-61).

Ahora bien, frente a la mirada negativa que se había establecido en Europa sobre de lo *tropical*, a razón de: 1. Las llamadas “enfermedades tropicales”; 2. Las distintas “razas” que habitaban en el *Trópico* y cuya carnalidad estaba siempre a luz del día; 3. Los peligros de viajar por los recónditos y riesgosos caminos de sus territorios; 4. El peligro de adaptarse a una arriesgada dieta americana; 5. Calor, humedad y cambios bruscos de temperatura; 6. La tentación ante la “inmoralidad” y la sexualidad; y 7. La falta de incentivos para el trabajo y la acumulación de riqueza; entre otros; Humboldt ofreció una “imagen tropical” distinta, que los americanos asumirán gradualmente como suya. Algunos criollos redescubrirán mediante su obra la riqueza y exuberancia que encerraba el continente que les había visto nacer; en el cual se abría la posibilidad de luchar y llevar adelante proyectos de emancipación. Simón Bolívar, en una carta de 1821, escribió:

El barón de Humboldt estará siempre con los días de la América presentes en el corazón de los justos apreciadores de un grande hombre, que con sus ojos la ha arrancado de la ignorancia y con su pluma la ha pintado tan bella como su propia naturaleza (Bocaz, 2000: 46).

Por tanto, no es de extrañar que en relación a Andrés Bello se aviste entre sus escritos el escenario natural de su terruño, después de todo, al igual que Bolívar, era un hombre del *Trópico*. Como asentará diestramente Pedro Grases: “La contemplación y la convivencia con la naturaleza están visibles desde sus primeras producciones literarias del periodo de Caracas. La esplendidez del paisaje del trópico la llevó impresa en el alma hasta el fin de sus días” (Grases, 1989: 121).

¹⁷ Rojas escribirá agudamente frente al soneto de Montenegro: “En la infancia del arte todos creían ser poetas, cuando en realidad sólo uno poseía el espíritu de las Musas: Andrés Bello. A quien la posteridad debía discernir su corona de triunfo”.

En suma, el *Trópico* caraqueño, por aludir sólo al escenario de encuentro entre estos dos autores, hubo de ser visto por Bello primero y por Humboldt después, como una tierra donde la costa de desembarco se constituía como un portal al mundo, con ciudades erigidas por casas, templos, posadas y pulperías, que se entremezclaban con un paisaje dominado por una vegetación exuberante. Un ambiente colonial signado por una temperatura fluctuante, que embargaba la vida animal y humana haciéndola multicolor. Paisajes con flora bella, bosques colosales y extensas sabanas, cordilleras elevadas y ríos poéticos como el Anauco; tierras fértiles y agricultura copiosa; donde la plaza mercado y las pulperías exponían los olores y sabores de los frutos del suelo productivo. Rubros que atravesaban el Paso Real dando pie a un comercio rico que entrelazaba a la navegación, los mercaderes, los harrieros mestizos, los hatos y las haciendas; topándose a su paso con lavanderas negras, indios caminantes, duelos de honor, música, bailes y festividades religiosas (Benedittis, 2002; 26-30). Asimismo, ese paisaje hermoso y feraz lo urdían iglesias con cementerios sacralizados; bellas criollas y apuestos caballeros con porte europeo. Una estética *sui generis* a la distancia de una cabalgata o una caminata bajo el sol del sur.

2. Alexander von Humboldt (1769- 1859): escritos fecundos

La obra de Humboldt: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, publicada en francés (París, 1816-1831), junto a sus otros trabajos de exploración, amplifican la conciencia geográfica y geocultural del mundo y de lo americano. No son pocos los elementos a extraer de los aportes científicos del sabio alemán. Sin embargo, vale la pena recordar algunos de ellos, siguiendo el contexto histórico-cultural que se destacó en el apartado anterior.

A su llegada a Cumaná, el 16 de julio de 1799,¹⁸ el viajero, que apenas había disfrutado un tercio de su vida, venía equipado con los instrumentos de medición más modernos de su época, y el material científico necesario para sus expediciones; todo financiado por él, así como también los gastos de la travesía. Dos aspectos resaltan de entrada en su viaje de investigación: su observación curiosa y su actitud desprejuiciada, lo cual le permitió respetar y comprender la naturaleza y la realidad sociocultural de la región.

Lo que llamaríamos la *experiencia humboldtiana del Nuevo Mundo*, no sólo significó redescubrir lo americano ante el viajero o la posibilidad de enriquecer culturalmente el Real Gabinete de Historia Natural de España (véase Puig-Samper, 1999), sino la redefinición, por parte de Europa, de la otredad del continente amerindio. Esto es, como punto germinal, una muestra del grado de fecundidad de sus documentos, mapas, cartas y notas, en los cuales se entrecruzan situaciones, posturas



¹⁸ El viaje que duró 41 días desde La Coruña, tenía como destino la isla de Cuba, sin embargo, una epidemia obligó al Capitán del buque Pizarro, proveniente de la Coruña (España) a dirigirse a Cumaná (costa oriental venezolana).

y conjeturas entre una Europa demandante de conocimientos y una América híbrida, reinventada, imaginada y evocadora para quienes esperaban noticias de ultramar. Como lo dejó apuntado Uslar Pietri:

Cumaná lo recibe engalanada con una de las maravillosas noches tropicales que ojos humanos puedan ver, y desde ese instante Humboldt siente con una especie de pasión de niño la angustia y la ansiedad de abarcar, de conocer, de comprender, de catalogar y de reducir a fórmulas de conocimiento todo ese maravilloso botín inexplorado de naturaleza que el Nuevo Mundo le ofrecía con tanta generosidad (Uslar Pietri, 1967: 56).

La recreación del escenario tropical estimulaba vívidas síntesis en este punto de la expedición. Es difícil advertir el grado de impresión que experimentó su hermano Guillermo cuando, desde el continente americano, recibiera cartas cuyos párrafos eran estampas de su experiencia viajera y no sólo apreciaciones objetivas. Cumaná fue la puerta de entrada al “más divino y rico país”, las plantas se mostraban sorprendentes, la fauna (tigres, armadillos, monos y loros) se entremezclaba con la gran cantidad de indígenas “semisalvajes” que se avistaban: “raza humana muy bella e interesante”. Caracas se divisaba como “el lugar más fresco y más sano de América”, al tiempo que una de las partes del mundo más desconocidas, poseedora de una naturaleza llena de encantamientos (Humboldt, 1989: 15-16).

En consecuencia, a la sombra de los ideales científicistas de la enciclopedia francesa, la Venezuela colonial de Bello —aunque periférica— aparece ante la mirada de Humboldt natural y culturalmente a la vez. Palpita en el naturalista prusiano, como también lo experimentará en el joven Andrés, una nueva conciencia universal del ser humano; que le permitirá reconocer el valor de otras escalas de interpretación acerca de las novedades de un mundo inexplorado, acercándolas discursivamente al ámbito doméstico europeo.

Así, cantidades, tamaños, colores y especies en una visión de totalidad se convierten en notas, cifras, dibujos y descripciones. El *Trópico* estaba a su alcance iluminado por la razón, al tiempo que se mostraba como un poema de la naturaleza el cual le agitaba, impresionaba y pulsaba su sensibilidad. Escribió entonces:

¡Qué numerosas son también las plantas más pequeñas aún no examinadas! Y qué colores poseen los pájaros, los peces, hasta los cangrejos (azul cielo y amarillo)! Hasta ahora nos hemos paseado como locos; en tres primeros días no pudimos decir nada, porque se rechaza un tema para interesarse por otro. Bonpland asegura que se volverá loco si no terminan pronto de aparecer las maravillas. Pero lo que es más bello aún que estas maravillas vistas particularmente, es la impresión que produce el conjunto de esta naturaleza vegetal poderosa, exuberante, y sin embargo tan dulce, tan fácil, tan serena. Siento que sería muy feliz aquí y que esas impresiones me alegrarán frecuentemente todavía en lo porvenir (ídem).

De igual forma a su paso por el río Orinoco al sur de Venezuela expresó:

El diario que escribí entonces en alemán, del cual se han tomado estos detalles, no pasó completo a la Relación Francesa de mi viaje. Contiene una descripción detallada de la vida, quiero decir de las voces nocturnas de los animales en los bosques de los trópicos. Semejante descripción me parece muy apropiada para un libro que se titula *Cuadros de la naturaleza*. La transcribo aquí. Un relato compuesto ante la propia presencia del fenómeno, o apenas recibida esa impresión, puede pretender, a menos, más frescura y vida que el eco de un recuerdo lejano (Humboldt, 1989: 222-225).

Sin duda, esta expedición se distingue de todos los viajes científicos realizados antes y después, por haber tenido lo que Adolf Meyer-Abich llamó una *finalidad geofilosófica*, ya que no se trataba de fomentar únicamente las ciencias naturales de acuerdo a la particular manera de ser de éstas, sino de reconocer que la tierra era una totalidad viviente y activa, por tanto el viaje debía servirle además para —siguiendo a Meyer-Abich— pintar el *cuadro natural cósmico* de la tierra y de sus estructuras. Para

este filósofo: “Un viaje holístico de investigación de una envergadura tan grande sólo se ha dado una vez en la historia espiritual de Occidente y se trata, precisamente, del viaje de Humboldt por América” (Meyer-Abich, 1969: 48). De ahí que las palabras del viajero cobren un doble valor respecto a su sentido teleológico. Los fines a los que aspiró el polímata fueron una especie de compendio de la naturaleza, una “renovación del gusto que provoca la vista inmediata de los países tropicales al hombre sensitivo” (idem).

Los dieciséis meses que pasó el sabio prusiano en Venezuela representa el tiempo más largo en país alguno durante su travesía. En Caracas su transitó como portador de noticias y hombre culto, influenció a jóvenes del talante de Andrés Bello, quien justamente en el año de 1800 obtuvo el grado de Bachiller en Artes. No hay duda que sus conocimientos científicos y sus apreciaciones acerca del *romanticismo* europeo dejaron impronta en la juventud caraqueña de la época. Tenía como hacerlo, no sólo desde el punto de vista literario sino político. Es posible inferir tertulias donde afloraron tópicos como el *liberalismo* o la *Revolución Francesa*, aun cuando se estaba en un contexto colonial hispano. Por eso, Uslar Pietri no dudó en asentar que “mucho debió recibir Bello de Humboldt”, especialmente sobre la marcha de la literatura en Europa. Como estudioso pudo aportarle luces acerca de Schiller, Goethe y Schlegel, así como de todos los “grandes espíritus que habrían preparado el movimiento romántico y la gran revolución de las ideas del siglo XVIII” (Uslar Pietri, 1967: 60).

En suma, la presencia de este prusiano en el trópico venezolano fue por demás relevante. El trabajo, las ideas y la fecundidad de las obras del sabio expedicionario sirvieron de obertura para muchos hombres de aquellas generaciones. Su mirada impregnó, de una manera consciente o inconsciente, las letras y las ciencias, abriendo expectativas, generando inquietudes, replanteando lo científico y destacando lo propio americano, cuyas repercusiones merecen una indagación más honda, al margen de que abunde literatura general y específica sobre su bien ponderada vida y obra.

3. Andrés Bello (1781 – 1865): Viajes sin retorno y alforjas con poesías

Andrés Bello cumplía 19 años de edad, en los días en que Humboldt y Bonpland llegan a Caracas.¹⁹ Como estudiante y funcionario de la administración colonial, Bello se relacionaba con el sector con mayor acceso a los libros y los viajes de formación en Europa, pero en aquellos años su manutención corría por cuenta propia, privándolo de las oportunidades que tenían los miembros de las familias más acaudaladas. Bello, hijo de su tiempo histórico, observaba el mundo y los adelantos científicos que la política borbónica impulsaba en América desde la Caracas colonial. Uno de estos avances quedó exaltado en *A la vacuna* (1804), oda que expresa la importancia de la vacunación como empresa médica de salud pública en tiempos de Carlos IV. Como se puede apreciar en algunos de sus fragmentos:²⁰

¹⁹ Para el estudio de la relevancia de la figura de Andrés Bello resaltan especialmente los escritos de Juan Vicente González, Aristides Rojas, Luis Correa, Edoardo Crema, Fernando Paz Castillo, Mario Briceño-Iragorry, Mariano Picón Salas, Ángel Rosenblat, Pedro Pablo Barnola, Arturo Uslar Pietri, Rafael Caldera, Pedro Grases, Oscar Sambrano Urdaneta y Jesús María Portillo.

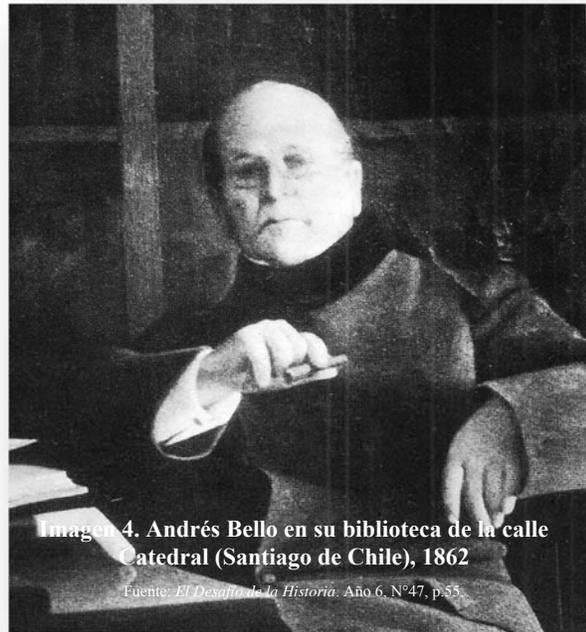
²⁰ Se refiere a la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna (1803-1814) de Francisco Javier Balmis, llevada a cabo por encargo personal del S. M. Carlos IV de España, para combatir las epidemias de viruela gracias a los adelantos inmunológicos de Edward Jenner.

Suprema Providencia, al fin llegaron
a tu morada los llorosos ecos
del hombre consternado, y levantaste
de su cerviz tu brazo justiciero;
admirable y pasmosa en tus recursos,
tú diste al hombre medicina, hiriendo
de contagiosa plaga los rebaños;
tú nos abriste manantiales nuevos
de salud en las llagas, y estampaste
en nuestra carne un milagroso sello
que las negras viruelas respetaron.
Jenner es quien encuentra bajo el techo
de los pastores tan precioso hallazgo.

[...]

Carlos manda; y al punto una gloriosa
expedición difunde en sus inmensos
dominios el salubre beneficio
de aquel grande y feliz descubrimiento.

Además, es testigo de la revuelta conspirativa de finales del siglo XVIII en la cotidianidad de la Capitanía, las expediciones de Francisco de Miranda en 1806, y del profundo impacto de la invasión napoleónica para las colonias indianas (1808). Sin referir que él mismo, en suelo caraqueño, también es testigo de los acontecimientos que sirvieron de piedra angular a la epopeya americana. Efectivamente, la década que corre de 1800 a 1810 fue definitoria en su vida como joven humanista.



Tres son las etapas que los biógrafos han identificado en la vida de Bello, y que sirve de cuadro para el estudio de su obra. En primer lugar, el periodo que va desde su nacimiento en Caracas, el 29 de noviembre de 1781, hasta su partida a Inglaterra el 10 de junio de 1810. En segundo lugar, el periodo de 19 años de estadía en Londres (1810-1829). Tercero, desde su viaje a Chile partiendo de Europa el 14 de febrero de 1829, hasta su muerte acaecida el 15 de octubre en 1865, en Santiago. De tal forma, Caracas, Londres y Santiago de Chile, triangulan su desarrollo personal e intelectual. De esta manera se fue forjando —aludiendo la visión bellista de Rafael Caldera— el hombre, el sabio, el artista, el filólogo, el pedagogo, el jurista y el sociólogo (1972).

En relación a la primera etapa, despunta su niñez, impregnada del ámbito cultural artístico de su abuelo materno, el célebre pintor Juan Pedro López, y su padre, Bartolomé Bello, destacado músico de la ciudad. Sus estudios de latinidad en el Seminario Santa Rosa (1796), estudios inconclusos de medicina (1799) y su grado de Bachiller en Artes (1800). A ello se suma su participación como Segundo Oficial de la Capitanía General de Venezuela (1802), Comisario de Guerra y Secretario de la Junta Central de la Vacuna (1807). Destacando su intervención como redactor de la *Gazeta de Caracas* (1808), su ocupación como Oficial Primero de la Capitanía General de Venezuela (1809), la autoría del *Calendario Manual y Guía Universal de Forasteros en Venezuela* (incluye el *Resumen de la Historia de Venezuela*) en 1810 (*Ibidem*: 29), y, principalmente, su participación como miembro de la misión que viaja a Londres y que integra junto a Simón Bolívar y a Luís López Méndez ese mismo año.

Bello forjó en esos primeros 29 años sus cualidades poéticas, un talento que “había sido admirado en las tertulias de los hermanos Ustáriz y en las que Bolívar reunía en su casa de las riberas del Guaire” (Sambrano Urdaneta, 2007: 50). Sin embargo, es oportuno volver a mencionar su encuentro con el barón Humboldt, quién, cómo se

BARRIOS BARRIOS, JOHNNY V.

señaló en el apartado anterior, hubo de darle luces en relación a sus intereses como lector y amante del conocimiento. Algunos autores ven en la presencia tanto física como intelectual de Humboldt, un punto de apoyo importante para Bello, tanto para su vida como para su obra. Por ejemplo, el profesor chileno Luis Bocaz señala al respecto:

Sin el paso de Humboldt por Caracas sería menos fácil entender el tránsito de Bello desde la exaltación poética de la naturaleza de la zona tórrida a su docta comprensión del escrutinio de la flora templada de Chile en la obra de Claudio Gay. En suma, sería difícil entender la implacable lógica que vertebra su teoría y su acción en la lejana república de Chile (2000: 22).

Por su parte, el poeta, ensayista, investigador y crítico literario venezolano, Lubio Cardozo (2014), señala:

Reseñó Humboldt en su largo recorrido de dieciséis meses (16-VII-1799 al 16-XI-1800) por el territorio venezolano fehacientes descripciones de la agricultura de ese momento, expuso con detalle los cultivos originarios de la “fecunda zona”: el maíz, la yuca, la papa, el aguacate, el mamey, el cocotero, el seje (palmae), el cacao, la piña, la parcha, la lechosa, varias sapotáceas, varias anonáceas junto a tantos otros. De las plantas exóticas, traídas por los europeos, destacó el cafeto, la caña de azúcar, el naranjo, el limonero entre algunos frutales, en fin. Señales de estas plantas nativas pomenorizadas por el científico alemán renacerían después en los versos de Andrés Bello.

Así, al cierre de este primer ciclo de experiencias, hubo de quedar establecido el vínculo con la *zona tórrida*. Claro está, este hecho tiene singular importancia si se toma en cuenta —sin atisbos de determinismo geográficos bufos— cómo lo rural y la actividad económica agraria presente en esta parte del mundo entre 1781 y 1810, se mostraba ante Bello como telón de fondo de la política y la actividad sociocultural, distinta a la del urbanismo de las metrópolis europeas. Había en lo campestre elementos que infiltraban el carácter de los habitantes del *Trópico*, la naturaleza no dejaba de generar una toma de conciencia que afloraba aún más al contrastarse con otros horizontes geográficos. Aun si se vivía en la ciudad, la relación geográfica y temporal predominantemente rural no estaba de espaldas a sus habitantes, ya fueran jornaleros, hombres de Dios, militares o intelectuales como el caso de Andrés Bello. En este sentido, seguimos con atención la opinión de Pedro Grases (1989: 125) quien señaló con su habitual lucidez:

El campo robustece el carácter y la voluntad y educa para la vida de un modo vigoroso, como lo cantó el propio Bello en su *Silva a la Zona Tórrida*. La naturaleza forja otra conciencia. La mayor parte de los próceres de la independencia de Venezuela provienen de un medio campesino y aun la misma capital, Caracas, tenía más ambiente rural que ciudadano.

En tal sentido, cuando Bello dejó Caracas para emprender su viaje sin retorno al exterior,²¹ remontando el Ávila rumbo a La Guaira por el camino de los españoles, no sólo echó una última mirada a su ciudad natal, sino a toda una composición agraria de imágenes, colores, formas, olores y texturas que le eran cercanas; propias.

Durante sus años en Londres, llenos de encuentros y desencuentros con la realidad americana y europea, Bello asumió la defensa de la independencia y de los proyectos políticos de las nuevas repúblicas, sin abandonar su lazo americano. Hasta Inglaterra le llegaron las noticias que enmarcan el periodo que comprende desde la firma del Acta de la independencia de Venezuela (1811) hasta el fracaso de la Convención de Ocaña en Colombia (1828).

Asimismo, además de su ya conocido encuentro con Francisco de Miranda y su afamada biblioteca, en Londres se relacionó con liberales y críticos a las monarquías,

²¹ El 10 de junio de 1810 zarpó en la corbeta de guerra británica Wellington desde La Guaira a Inglaterra.

mantuvo sus estudios literarios y amplió su producción ensayística; realizó trabajos filológicos y se inclinó por estudiar el Derecho internacional. Especial mención merece la reproducción que hace de los aportes de Humboldt y que Bocaz subraya al indicar: “Bello reproduce capítulos de la obra del sabio alemán en las revistas londinenses *Biblioteca Americana* (1823) y *Repertorio Americano* (1826), y remite a su autoridad en una nota a pie de página en su *Alocución a la Poesía* a propósito de la mitología indígena prehispánica” (Bocaz, 2000: 46). Así, la identidad idiomática, la cuestión de la unidad y la orientación de sus lecciones; la fraternidad, la visión sociocultural americanista, el poder creativo de la libertad, la educación, el cultivo de la lengua castellana en la realidad americana y la crítica a la censura, le sirvieron de temas de abordaje; que llevó a Chile al embarcarse en el bergantín *Grecian*, el 14 de febrero de 1829. Con todo, es de resaltar que son *Alocución a la poesía* (1823) y *La Agricultura de la zona tórrida* (1826), los dos escritos indelebres de este periodo, ya que en estos se trasponen cultura, naturaleza y poesía. En palabras de uno de los principales bellistas de nuestro país:

La mayor significación literaria de Bello es la de haber sido autor de esas dos grandes Silvas: *La Alocución a la Poesía* y *La Agricultura de la Zona Tórrida* [...] En la primera invoca el derecho de América por su independencia cultural; y en la segunda canta a la naturaleza del trópico, con rasgos horacianos, que alcanzan niveles de alta inspiración (Grases, 1989: 130).

Detenerse en la primera lectura significa un encuentro con la “poesía histórico-visionaria” de Bello (Cervera, 2011: 65-76) sobre todo si se reconocen dos aspectos implícitos: 1. El momento en que es concebida y 2. La trascendencia de su carácter geocultural; ya que apuntala lugares y hechos de la historia de la emancipación, haciendo que los versos transfieran elementos insurgentes de una historia que emerge para el porvenir de América, la joven esposa del Sol: “tiempo es que dejes ya la culta Europa, / que tu nativa rustiquez desama, /y dirijas el vuelo adonde te abre/ el mundo de Colón su gran escena” (Bello, 2007: 20). Por otro lado, en *La Agricultura de la zona tórrida*, se vuelven a enlazar los rasgos del naturalismo interiorizado desde Caracas hasta Londres. Su lectura despierta al menos versado una valoración del paisaje natural y humano que evoca juventud y posibilidad. Ciertamente es, como apunta Marco Aurelio Ramírez Vivas, que ese paisaje natural “evoca una región del Trópico: La Capitanía General de Venezuela, en que nació y vivió su juventud el poeta” (Ramírez, 2009: 46).

Esta vuelta al *Trópico* sigue la secuencia de un *viaje* tipográfico que, no sólo desviste lo natural sino lo agrícola como realidad contextual y posibilidad económica para el desarrollo. La zona que alude el poeta es ante todo “fecunda” donde es posible honrar la simple vida del labrador. Se entrecruzan así, como extensión metafórica, lo fértil del suelo desde el llano hasta los Andes, con sus frutos coloridos y sus aromas al viento. El Ananás, recuerda el origen americano y el hábitat tropical, al tiempo que el banano, la yuca y la miel, comparten la tierra y el tiempo con el trigo, la uva, la caña, el añil y el café, entre otros rubros. Así, una estética de prosperidad, abundancia y cuidado es incorporada a la valoración del *Trópico* americano con su profusa flora y fauna, aunque no exenta de llamados al hombre que lo habita y lo hereda. En este sentido, cobra especial mención la opinión de Mariano Picón Salas quien, en tal sentido, escribió:

Bello presencia el instante en que nuestra vida colonial llegó al ápice de abundancia y refinamiento. Pocas tierras más prósperas y hermosas, abrigadas de grandes árboles y hospitalarios casales blancos, plantó la mano del hombre en toda América. Como aquellos valles de Aragua que encantaron a Humboldt. Bello se exalta ante aquel paisaje agrario, tan revelador de la riqueza venezolana de entonces y de la laboriosidad y diligencia de los hombres (Picón Salas, 2004: 30).

Así mismo, el paisaje agrícola tropical se muestra a contravía de la vida citadina. En su recurrente afición geográfica Bello pulsa un tratamiento afectivo y filial. Como en Humboldt, hay reconocimiento, a pesar de los temores que el *Trópico* despertaba en las

BARRIOS BARRIOS, JOHNNY V.

metrópolis europeas como Londres, pero que son sujetos a ciertos momentos y no a generalidades. Así lo deja entrever el viajero alemán al escribir: “No temo nada de la zona tórrida. Hace cerca de cuatro semanas que estoy bajo los trópicos y no he sufrido absolutamente nada” (Humboldt, 1989: 14). Siguiendo a Picón Salas:

Y diríase que Humboldt, segundo Cristóbal Colón del Nuevo Mundo, rapsoda y analista de las selvas, los ríos los volcanes, maestro no sólo de Geografía Física sino de una Geografía Humana que parecía nacer con él, suscitó en Bello aquella afición geográfica de que darán después testimonio muchas cosas de su obra de polígrafo (2004: 30).

Una vez en Chile, atravesado el meridiano de su ciclo vital, Andrés Bello sostiene su mirada nostálgica del *Trópico* americano en medio de reflexiones acerca de los países políticamente conformados y sobre la necesidad de aportar —como en efecto aportó— instrumentos para la educación en pro de la orientación cultural de las Repúblicas en su sentido más amplio. No obstante, no sólo las circunstancias políticas separan al poeta de su terruño, pues su presencia en Caracas habría sumado luces a la República que se desmembraba, sino que la geografía asociada a los viajes de la época era sin duda para él un impedimento importante. Entre sus anhelos estaba el de reencontrarse con su primera Santiago; eso lo atestigua las comunicaciones entre él y su hermano Carlos durante los años 1842 y 1846, donde al ver y leer los trabajos de Codazzi, Baralt y Díaz confiesa de como su imaginación se desplazaba a la Caracas colonial que dejó en el mítico año de 1810:

Mi querido Carlos: Me has dado uno de mis mayores placeres que he tenido durante mi largo destierro, con la remesa que has hecho de la *Historia de Venezuela*, atlas y mapa; todo lo cual ha llegado en el mejor estado a mis manos. Sería por demás querer expresarte los sentimientos con los que he leído tan interesante historia, las emociones con que me han hecho palpitar tantos nombres queridos. Abro el *Atlas*, y recorro el mapa; qué de recuerdos, que de imágenes se agolpan a mi imaginación. De la vista de Caracas, sobre todo, no pueden saciarse mis ojos; y aunque busco en ellos vanamente lo que no era posible que me trasladarse el grabado, paso a lo menos algunos momentos de agradable ilusión. Me has hecho el más apreciable, el más exquisito presente. La vista de Caracas estará colgada en frente de mi cama, y será quizás el último objeto que contemplan mis ojos cuando diga adiós a la tierra (Jaksic, 2001: 218).

A los 65 años de edad, escribiré:

En mi vejez, repaso con un placer indecible todas las Memorias de mi Patria (recuerdo los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época feliz de mi vida). Cuantas veces fijo la vista en el plano de Caracas, creo pasearme otra vez por sus calles, buscando en ella los edificios conocidos y preguntándoles por los amigos, los compañeros que ya no existen... ¡Daría la mitad de lo que me resta de vida por abrazarlos, por ver de nuevo Catuche, el Guaire, por arrodillarme sobre las losas que cubren los restos de tantas personas tan queridas! (Ídem)

Razones de peso hay para situar a Bello en medio de tanta distancia. Un viaje desde Santiago de Chile a Caracas a mediados del siglo XIX representaba, sin duda, una expedición de alto riesgo, costosa y difícil (Imagen 5). Bello no fue un viajero como los expedicionarios que, después de Alejandro Humboldt, tanta fama acopiaron en Hispanoamérica. Por ende, sus dos viajes significativos parecen estar ligados más a situaciones determinantes que a una pasión por transitar entre fronteras. Tanto por el norte como por el sur, la geografía chilena lo obligaba a salvar los más frágiles obstáculos, sin contar el número de meses que pudiera durar el viaje de ida y vuelta, más su estadía en Caracas. En consecuencia, dejando de lado la proeza de cruzar la cordillera, las rutas más expeditas entre la costa chilena y la panameña por el norte, ameritaban de varios tipos de transporte terrestre y marítimo. En contraposición, su paso por la zona más austral del mundo, atravesando Cabo de Hornos —conocido por los viajeros como el “cementerio de barcos”— no procuraba las condiciones para un desplazamiento de tales magnitudes, aunque se hacía y se naufragaba. Como lo refiere claramente Oscar Sambrano Urdaneta:

sacrilego para la academia. Después de todo, la idea de totalidad y no de fragmentación es profundamente humanista. Como expresó Pedro Grases: “Es claro, pues, que las letras son a juicio de Bello, el centro, eje y fuerza motriz de lo que denominamos cultura, en su significado integral y totalizador (1989: 134). Buscar las bases humanistas de Andrés Bello es buscar también la emancipación intelectual que permitió a Humboldt acercarse al indígena y al esclavo, cuya presencia cuestionaba las teorías de su tiempo. Sin duda, aún queda por avanzar en la comprensión de la vida y obra de estos intelectuales desde otros ángulos, así como replantear el sentido universal de su humanismo, el valor de los elocuentes recuerdos americanos que impulsaban su imaginario desde sus respectivas bibliotecas, y el valor de sus viajes. Es oportuno interiorizar más su sentido de la *libertad*, fundamental para lograr una mayor comprensión de la concepción de la cultura que surgió en el siglo XIX, y que tanto atrae a los investigadores del convulsionado presente.

BIBLIOGRAFÍA:

- ACOSTA, Vladimir (Pres.) (2005). “Humboldt en América”. En Alejandro de Humboldt. *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- APUN, K.F. (1961). *En los Trópicos*. Caracas. Universidad Central de Venezuela.
- BARRIOS-BARRIOS, Johnny V. (1996). “Humboldt y Bonpland entre la Historia y el arte de la ilusión: Análisis histórico de la película venezolana *Aire Libre*”. En: *Procesos Históricos. Revista de Historia y Ciencias Sociales* N°31. Mérida (Venezuela): Universidad de Los Andes, enero-junio 2017, pp.76-92.
- _____. “Nuestras ciudades en la mirada de los pintores viajeros”. En: *El Desafío de la Historia*. Caracas, Venezuela N° 58, pp. 56-61.
- BELLO, Andrés (2007). *Antología esencial*. Caracas: El Perro y la Rana.
- _____. (1847). *La Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* se publicó en Santiago de Chile.
- _____. (1930). *Obras completas*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.
- BENEDITTIS, Vince de (2002). *Presencia de la música en los relatos de viaje del siglo XIX*. Caracas: UCV.
- BOCAZ, Luis (2000). *Andrés Bello. Una biografía cultural*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- BORGES, Trino (1999). *Humboldt de viajes y asombros*. Mérida (Venezuela): Ediciones GIEAA.
- BIBLIOTECA AYACUCHO (S/f.). *Lectura crítica de la literatura americana*, Tomo I. N° 193. Selección, prólogo y notas: Saúl Sosnowski. Caracas.
- CALDERA, Rafael (1972). *Andrés Bello*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- CARDOZO, Lubio (enero-diciembre 2014). “Andrés Bello, Alejandro de Humboldt, sus versiones del paisaje del Nuevo Mundo. Maravilloso encuentro entre la imaginación y la ciencia”. En: *Revista Actual*, Núm. 73 (45). Mérida (Venezuela).
- CERVERA, Vicente (2011): “La poesía viaja a América: la ‘Alocución’ lírica de Andrés Bello”. En *Philologia Hispalensis* N°25, Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 65-76.
- CUNILL G., Pedro (2006). *Andrés Bello*. Biblioteca Biográfica Venezolana, 40. Caracas: El Nacional-Banco del Caribe.
- GALERÍA DE ARTE NACIONAL (1993). *Artistas y cronistas extranjeros en Venezuela 1825-1899*. Caracas: GAN.
- GONZÁLEZ S., Beatriz y Juan Poblete (Comp.) (S/a.). *Bello y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.
- GRASES, Pedro (1977). *Bibliografía de Don Aristides Rojas*. Caracas: Colección Manual Segundo Sánchez de la Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano.
- _____. (1989). *Escritos Selectos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho N°144.
- HUMBOLDT, Alejandro de (2001). *Cartas Americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989.

- _____. “Carta a Guillermo de Humboldt, 16 de julio de 1799”. En: Humboldt, Alejandro de (1989). *Cartas Americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho N° 74, pp.15-16.
- _____. (1875). *Cosmos. Ensayo de una descripción física del Mundo*. Tomo I. Bélgica: Eduardo Perié, Editor.
- _____. (1942). *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente*. Caracas: Biblioteca Venezolana de Cultura. 2v.
- GUERRERO, Aura. (Coord.) (2009). *Los paisajes de la modernidad en Venezuela (1811-1960)*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- JAKSIC, Iván. *Andrés Bello y la pasión por el orden*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- LA CONDAMINE (1745). *Relation abrégé d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Ameriquemeridionale*.
- MEYER-ABICH, Adolf (1969). *Alejandro de Humboldt 1769-1969*. Colonia (Alemania): Internationes.
- PÉREZ, Francisco Javier (Coord.) Dossier: “Andrés Bello”. En *El Desafío de la Historia*. Año 3, N° 20 (pp. 40-67).
- PICÓN S., Mariano (2004). *Andrés Bello y la Historia*. 231. Caracas: Academia Nacional de La Historia, Colección Libro Breve.
- PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (1999): “Humboldt, un prusiano en la corte del Rey Carlos IV”. En: *Revista de Indias*, vol. LIX, núm. 216, pp.329-355.
- QUINTANA M, Hugo J. “La oída del Otro. Tres danzas venezolanas en el testimonio de tres visitantes del siglo XIX”. En: *El Desafío de la Historia*. Caracas, Año 3, N° 20. pp. 26-30.
- RAMÍREZ V., Marco A. (2009). “El paisaje de *La agricultura a la zona tórrida*: tenor del primer proyecto de desarrollo americano del siglo XX”. En: Guerrero, Aura. (Coord.). *Los paisajes de la modernidad en Venezuela (1811-1960)*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- Relación histórica del viage a la América Meridional hecho de orden de S. Mag para medir algunos grados del Meridiano Terrestre, y venir por ellos en conocimiento de la verdadera Figura, y Magnitud de la Tierra, con otras varias observaciones astronómicas, y phisicas*. Por Don Jorge Juan, Comendador de Aliaga, en el Orden de San Juan, Socio correspondiente de la Real Academia de las Ciencias de París, y Don Antonio de Ulloa de la Real Sociedad de Londres: ambos Capitanes de Fragata de la Real Armada en Madrid por Antonio Marín, 1748.
- RODRÍGUEZ, José Ángel (Comp.) (1999). *Alemanes en las regiones equinociales: libro homenaje al bicentenario de la llegada de Alexander von Humboldt a Venezuela 1799-1999*. Caracas: Alfadil Ediciones.
- ROJAS, Arístides (1942). *Humboldtianas*. Caracas: Editorial Cecilio Acosta.
- Apun, K.F. *En los Trópicos*. Caracas. Universidad Central de Venezuela, 1961.
- SAMBRANO Urdaneta, Óscar (2008). *Hitos del Bellismo en Venezuela*. Caracas: UCAB-Banesco-Tecniciencias.
- _____. (2007) *Verdades y mentiras sobre Andrés Bello*. Caracas: El Perro y la Rana.
- Todo Sobre Naturalistas y viajeros en Venezuela*. Caracas: Macpecri, Año 5, N°25.
- USLAR PIETRI, Arturo (1967). *Oraciones para despertar*. Caracas: Ediciones del cuatricentenario de Caracas.